

LA VOCALIZACION DE LAS SONANTES INDOEUROPEAS EN GRIEGO

This paper is a critical survey of recent work on vocalization of indoeuropean resonants after some authors having pointed at the deficiencies of the traditional hypothesis on this issue. After examining the location of the anaptyctic vowel an effort is made to find the conditions in which the panhellenic vocalization in *u* and *i* took place. Concerning the *a/o* vocalization the views of Meillet, Morpurgo, Ruijgh, Mühlestein, Georgiev, Adrados, O'Neil, Wyatt, Strunk, Bader and Moralejo are analyzed and a phonetical and phonological interpretation of the problem is proposed. Finally Heubeck's theory on conservation of **r* in Mycenaean is criticized following Adrados and Moralejo and adding new arguments: existence of *u* vocalization in Mycenaean, unlikelihood of the relative chronology of this phenomenon with regard to other phenomena, loss of **H₂* in such sequences as **rH₁*, **rH₂*, and the treatment of the group **ri*.

I. INTRODUCCIÓN

1.1. Después de haberse mantenido durante largo tiempo un esquema casi universalmente aceptado de los tratamientos en griego de las sonantes indoeuropeas¹, en los últimos años, una serie de trabajos de gran importancia en calidad y cantidad han ido poniendo de relieve, desde diversos puntos de vista, las deficiencias de la opinión común sobre el tema, especialmente cuando se han añadido materiales nuevos a los ejemplos repetidamente citados antes.

Son múltiples las dificultades suscitadas por el análisis de estos tratamientos y afectan a diversos campos de la lingüística griega. En primer lugar podemos citar las que inciden en los estudios de dialectología, como son, entre otras, las divergencias de los resultados en eolio, el problema de los tratamientos en arcado-chipriota y la posición del micénico. De otra parte es asunto debatido el de la cronología de estos

¹ Al hablar de sonantes en este artículo me refiero exclusivamente a *r*, *l*, *m*, *n*. Los tratamientos de *j*, *z* no son analizados aquí.

cambios, desde la desconfianza que Risch¹ manifiesta sobre la posibilidad de una datación, hasta la hipótesis de Heubeck² quien cree que en micénico subsiste aún sin tratar la vibrante vocálica.

Pero lo que más complica la cuestión es que en ella como en pocas se produce un abierto conflicto entre la necesidad de coherencia, de regularidades, que el método lingüístico requiere y la profusión de escollos que a esta coherencia y regularidad parece oponer la multiplicidad de resultados que registra la vocalización de las sonantes. Resulta bastante difícil reducir a esquemas científicamente admisibles las diferentes posiciones y timbres de la vocal de apoyo e insertar a un tiempo estas cuestiones en las ya citadas de cronología y distribución dialectal de un modo coherente. No es extraño, por todo ello, que se haya llegado a posiciones divergentes, cuando no contradictorias, sobre el tema o a que se hayan silenciado algunos aspectos importantes del mismo.

La intención de este artículo es la de pasar revista a algunos trabajos recientes y, a partir de las valiosas aportaciones que en ellos se contienen, tatar de obtener un esquema completo de las vocalizaciones de las sonantes indoeuropeas en griego. Nos fijaremos para ello fundamentalmente en dos aspectos: la posición y timbre de las vocales de apoyo y la cronología relativa del cambio, con especial interés en el tema de la posible conservación de *r en micénico. Asimismo trataremos de valorar la importancia que el estudio de estos resultados puede tener para la dialectología griega.

1.2. Antes de comenzar el estudio de los datos conviene hacer referencia a algunos problemas previos. Ya Ruijgh³ señalaba tres limitaciones básicas a la hora de analizar los testimonios griegos sobre este tema. La primera, la escasez de inscripciones, especialmente en lesbio, antes del 400, años por los que comienzan a notarse ya las influencias de la koiné ática o de la koiné occidental. La segunda, la alteración de los textos de la lírica lesbia, sometidos a hechos de koiné o a hipercolismos, que vienen a añadirse a los epicismos que ya presentaban Safo y Alceo. La tercera, por último, la influencia de la épica en los nombres de persona.

¹ E. Risch, «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», *Museum Helveticum* 12, 1955, pp. 61-76.

² A. Heubeck, «Syllabic r in Mycenaean Greek?», *Acta Mycenaea*, Salamanca, 1972, II, pp. 55-79.

³ C. J. Ruijgh, «Le traitement des sonantes voyelles dans les dialectes grecs et la position dy mycénien», *Mnemosyne* 14, 1961, pp. 194-195.

Otro escollo no fácil de salvar es determinar en los timbres de las vocalizaciones cuándo hemos de interpretar una vocal como resultado de la vocalización de la sonante y cuándo se trata de una vocal originaria. Por ejemplo, en el caso del timbre *o*, éste puede, en principio, proceder de la vocalización de la sonante *o* de un grado *o*¹. Algo parecido puede decirse ante la aparición de timbres *i*, *u*, que pueden proceder de *i*, *u* indoeuropeas, según tendremos ocasión de examinar más adelante.

Ante todos estos problemas hay, en mi opinión, dos principios metodológicos fundamentales a seguir: de un lado, es preciso examinar la categoría morfológica a la que pertenece la palabra en cuestión y el grado vocálico que habitualmente presenta; y de otro, debe ampliarse lo más posible la base etimológica comparativa para evitar interpretaciones erróneas basadas en un par de casos que no se adaptan al resto de las formas que se relacionan con ellos.

1.3. Es sabido que es en el marco de los problemas silábicos donde se integran fundamentalmente los rasgos de comportamiento de las sonantes, fonemas que, como ya señalaron Saussure y Grammont², deben a su abertura media la posibilidad de funcionar ya como parte cerrada (junto a fonemas más abiertos, las vocales), ya como parte abierta (junto a otros más cerrados, las consonantes) de la sílaba, posibilidades que se actualizan en virtud del juego de alternancias vocálicas. En las secuencias consonante más sonante más vocal (*TRE*) puede surgir entre la consonante y la sonante, en virtud de una pronunciación en *tempo* lento, un glide (*T°RE*) que puede luego fonologizarse o no³, con los resultados *TERE* o *TRE*, respectivamente. En cuanto a las sílabas cuyo centro era una sonante (*TRT*), la tendencia general de las lenguas indoeuropeas ha sido convertirse en sílabas fonológicamente normales mediante la pronunciación de estas secuencias con un apoyo vocálico (*T°RT* o *TR°T*) que acaba por convertirse en una vocal plena (*TERT* o *TRET*). Los problemas en el estudio de la vocalización de las sonantes indoeuropeas surgen a partir de este punto: en qué lugar aparece esta nueva vocal plena (que en el caso de **n*, **ŋ* acaba en griego

¹ Cf. A. Morpurgo-Davies, «The Treatment of **γ* and **ϝ* in Mycenaean and Arcado-Cyprian», *Atti e memorie del 1.º Congresso Internazionale di Micenologia*, II, Roma, 1968, pp. 792-793.

² M. Grammont, *Traité de Phonétique*, Paris, 1939, p. 98 y ss.

³ Cf. F. R. Adrados, «La vocalización de las sonantes indoeuropeas», *EMERITA* 26, 1958, pp. 249-309, recogido en *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, Madrid, 1973.

por absorber a la sonante) y qué timbre adopta. Y precisamente a estos problemas vamos a aludir en los apartados siguientes.

1.4. No queremos entrar aquí a recoger y discutir las interpretaciones que sobre estos temas se han hecho en los estudios de indoeuropeo. Para ello el lector cuenta con dos excelentes estados de cuestión en los trabajos de Adrados y Gil¹.

II. LUGAR DE LA VOCAL DE APOYO

2.1. El hecho es que en griego, como en otras lenguas indoeuropeas, aparece la nueva vocal antes de la sonante ($r^o > \alpha\rho$) o después de la sonante ($r^o > \rho\alpha$). La razón de ser de esta alternativa fue planteada ya por los neogramáticos, y se le dieron diversas interpretaciones. Mientras para Osthoff² $\rho\alpha$ era fonético cuando la palabra anterior terminaba en vocal, pero $\alpha\rho$ lo era cuando terminaba en consonante (esto es, serían fonéticos ἡ καρδία y τῆς καρδίας), hipótesis esta ciertamente indemostrable, Lejeune³ considera $\alpha\rho$ regular en inicial y final y $\rho\alpha$ en interior, aunque reconoce que pueda haber influencia de los grados plenos. Diferencias basadas en hechos de acento fueron postuladas por Kretschmer⁴, según el cual $*r > \rho\alpha$ pero si va acentuada secundariamente da $\alpha\rho$ (cf. στάρτοι, μάρτυς), teoría que es aceptada con dudas por Schwyzer⁵. De otra parte, diferencias entre un «grado reducido» y un «grado cero» fueron invocadas por Hirt⁶, en lo que es seguido recientemente por Hoenigswald⁷. El propio Hirt⁸ señala, no obstante, como posibilidad la metátesis. Ante estas tentativas de explicación hay que poner de manifiesto que el análisis de los datos nos demuestra la existencia de casos que contradicen estos esquemas, según tendremos ocasión de ver al examinar los materiales.

¹ Adrados, *ob. cit.*, J. Gil, «La apofonía en indoeuropeo», *EC* 59, 1970, p. 4 y 11.

² H. Osthoff, *Morphologische Untersuchungen* 2, Leipzig, 1879, pp. 144-145.

³ M. Lejeune, *Phonétique historique du Mycénien et du Grec Ancien*, París, 1972, pp. 196-197.

⁴ P. Kretschmer, «Indogermanische Accent- und Lautstudien», *KZ* 31, 1892, p. 390 y ss.

⁵ E. Schwyzer, *Griechische Grammatik*, Munich I, 1968, p. 342.

⁶ H. Hirt, *Indogermanische Grammatik*, Heidelberg, II, 1921, p. 98 y ss.

⁷ H. M. Hoenigswald, «Indo-Iranian Evidence», *Evidence for Laryngeals* (ed. W. Winter), La Haya, 1965, p. 97.

⁸ H. Hirt, «Kleine grammatische Beiträge», *IF* 12, 1901, p. 232 y ss.

Hay otra propuesta, que basa las diferencias de posición en diferencias de tensión articulatoria, debida a Grammont¹, seguido por Adrados²: ρα refleja una tensión reciente en la articulación y αρ una decreciente.

Por último, Kuryłowicz³ recurre a la extensión morfológica como explicación: ya en indoeuropeo había *tarl* por extensión morfológica del vocalismo *a*, mientras que *trl* evolucionaba a *trat*. Este punto de vista es seguido, con variantes, por O'Neil⁴ sobre cuyas teorías tendremos ocasión de volver.

2.2. De estas vacilaciones se ha hablado fundamentalmente para las líquidas, ya que las nasales evolucionaron en griego normalmente a α (y a αν más vocal o semivocal, donde no hay posibilidad de variación en la posición de la vocal de apoyo). Pero Osthoff⁵ postula un tratamiento *n^o>να, m^o>μα en casos como ναίω de *n^osiō o μάλευρον de *m^oleuron, si no es contaminación del grado cero «regular» ἄλευρον y del pleno *μέλευρον atestiguado en mic. *me-re-u-ro*, como quiere Ruijgh⁶.

2.3. En todo caso, dada la dificultad de obtener un esquema válido definitivamente para todos los casos, parece aceptable que ambas pronunciaciones con vocal de apoyo precedente y siguiente fueran variantes libres en indoeuropeo, situación que en griego deja huellas en casos bien conocidos como καρτερός / κρατερός, etc. En general, en las lenguas indoeuropeas se ha tendido a fijar una sola posición de la vocal de apoyo en cada lengua, o al menos en cada raíz dentro de cada lengua, pero todo ello tiene el aspecto de ser una fijación secundaria, posterior a un estado de vacilación en la posición, según postula Adrados⁷. Lo que es claro es que existe influencia analógica de los grados plenos: hay στελ-/σταλ-, no *στλα-, κλέπτω/έκλάπην, no *έκάλπην, etc.

¹ M. Grammont, *ob. cit.*, p. 98 y ss.

² F. R. Adrados, *Estudios...*, p. 19.

³ J. Kuryłowicz, *L'apophonie en indo-européen*, Wrocław, 1956, p. 181 y ss.

⁴ J. I. O'Neil, «The Treatment of Vocalic R and L in Greek», *Glotta* 47, 1969, pp. 8-46.

⁵ H. Osthoff, *Morphologische Untersuchungen* 5, Leipzig, 1890, p. III y ss.

⁶ C. J. Ruijgh, *Études sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien*, Amsterdam, 1967, p. 176.

⁷ F. R. Adrados, *Estudios...*, p. 19.

III. TIMBRE *u*

3.1. Al iniciar el problema de los timbres de la vocalización de las sonantes quiero referirme, en primer lugar, a la posibilidad de la existencia panhelénica de los timbres *u* e *i* que voy a considerar con mayor detenimiento por tratarse de un punto especialmente conflictivo y muy eludido en la bibliografía reciente.

3.2. Desde antiguo se planteó ya el problema de algunos grados cero que presentaban vocalización *u* junto a la sonante. A partir de algunos precedentes, Hirt¹ propuso la existencia de una vocal reducida velar como origen de la *u*. Tal postulado, sin embargo, se enfrenta con dificultades evidentes. En primer lugar, deja sin explicar los tratamientos dobles de una misma raíz, tipo *κάλιξ/κύλιξ*, *σκάλλω/σκύλλω*, etc. En segundo lugar, Hirt se muestra incapaz de explicar las condiciones de aparición del grado reducido con vocal velar, del grado reducido con vocal palatal y del grado cero. Basar tales diferencias de grado solamente en la aparición de vocalizaciones diferentes y a la vez explicar las diferentes vocalizaciones por diferencias de grado es evidentemente un círculo vicioso. En tercer lugar, la crítica a mi entender más fundamental a estas diferenciaciones entre grado reducido y grado cero que otros autores postulan también, me parece la de Lehmann². Según este autor no hay, fonológicamente hablando, diferencias entre grado reducido y grado cero y sólo puede hablarse de una grado apofónico átono.

3.3. Por su parte, Güntert³, que opera con una sola vocal reducida a la que denomina *Schwa secundum*, señala que el tratamiento *u* puede ser fonético en contacto con labiales, labiovelares, velares, *u*, *w*, pero siempre que en la sílaba siguiente aparezca *i*, *y*. Ni que decir tiene que quedan fuera de esta explicación los casos en los que *υρ*, etc., aparecen distribución, ni se explica por qué hay *a* en palabras como *βάλλω*, de **g^holiō*.

3.4. Como mera constatación del hecho, pero sin ninguna explicación del mismo, aparecen citadas las vocalizaciones con *u* por Schwyzer⁴

¹ H. Hirt, *ob. cit.*, II, 1921, p. 76 y ss.

² W. Lehmann, *Proto-Indo-European Phonology*, Austin, 1955, p. 19.

³ H. Güntert, *Indogermanische Ablautprobleme*, Estrasburgo, 1916, p. 32 y ss., y 100 y ss.

⁴ E. Schwyzer, *ob. cit.*, I, p. 351.

y por Lejeune en una breve nota ¹. Pero la bibliografía reciente tampoco ha progresado mucho en este sentido: así, el tema aparece arrinconado en una nota del extenso artículo de Bader ², aunque la autora reconoce que es un tratamiento fonético, y no se dice ni una sola palabra de él en el artículo de O'Neil ya citado, por señalar dos de los más extensos.

3.5. El autor que más se ha detenido en el tema ha sido Adrados ³, aunque con posterioridad a sus trabajos podemos citar algún material nuevo debido a Van Brock ⁴. En síntesis, las conclusiones de Adrados son las siguientes: a partir de su teoría de las vocales de apoyo, piensa que el apoyo vocálico que recibía la sonante, inicialmente no fonológico, podía verse influido en su timbre por los fonemas vecinos al fonologizarse. Así, las labiales y guturales condicionan el timbre *u*, sin que tenga que seguir *y*, *i*, como proponía Güntert. La coexistencia de los resultados *u* con resultados *a* en estas condiciones se debe a la tendencia alternativa de la sonante a vocalizar con el timbre más abierto. Tras ampliar el material de Schwyzer, hace asimismo Adrados una observación importante: el carácter marginal, fuera de las alternancias habituales, de las palabras que presentan estas vocalizaciones con timbre *u*.

3.6. Un análisis detenido de los materiales para la vocalización *u* nos permitirá precisar más. Lo primero de todo, hay que descontar algunos casos en los que la vocalización *u* de la sonante es solo aparente:

3.6.1. Un primer grupo de casos lo constituyen aquellos en los que *u* se ha interpretado como vocalización de la sonante, pero un análisis más minucioso pone de manifiesto que se trata de una *u* indoeuropea.

3.6.1.1. Es el caso de gr. γλυκός, que procede de **dluk-*, como se evidencia por los grados plenos de la misma raíz como γλεῦκος, ἀγλευκῆς y mic. *de-re-u-ko* ⁵. La dificultad planteada por la comparación con

¹ M. Lejeune, *ob. cit.*, p. 197.

² F. Bader, «De mycénien *matoropuro*, *arepozoo* à grec *ματρόπολις*, *ἀλειφόβιος*: le traitement des sonantes-voyelles au premier millénaire», *Minos* 10, 1969-1970, pp. 7-63. La nota a la que aludo es la n.º 129, p. 57.

³ F. R. Adrados, primero en el art. cit., luego en *Studia Classica et Orientalia*, en 1959 y otros trabajos, recogidos en *Estudios...*

⁴ N. Van Brock, «De πύξ à πᾶς», *Mélanges Chantaine*, París, 1972, pp. 263-276.

⁵ J. Chadwick, «Mycenaean Wine and the etymology of γλυκός», *Minos* 9, 1968, pp. 192-197.

lat. *dulcis*, que parecía proceder de **dlh-* se resuelve si pensamos que lat. *dulcis* deriva por metátesis de **dluh-* debido a la inexistencia de palabras con **dl-* en latín¹.

3.6.1.2. Asimismo hay que ver una *u* indoeuropea en γλῦφω, cf. lat. *glūbo*, de **gleubh-*. La *α* de γλαφυρός procede de la disimilación de *γλυφυρός².

3.6.2. En otros casos, *u* procede de la vocalización del apéndice de una laringal **H^s*. Tal afirmación puede constatarse cuando con las formas con *u* alternan formas con vocal larga o palabras anatolias que conservan *h*. Ejemplos del primer caso son δρύπτω/δρῶπαξ, ὄνυμα/lat. *nōmen*, πτύρομαι si se relaciona con πτήσσω, πτωχός. Ejemplo del segundo caso es πῦρ frente a het. *pa_hhur*.

3.7. La mayoría del resto del material se deja dividir en una serie de grupos claros. El más evidente es el de las palabras en las que la sonante seguía a *u* o a labiovelar.

3.7.1. En este apartado hay que tan sólo aludir, por bien conocido, al caso de **t_u^o* > *σν-* en πίσυρες < **k^ot_u^ores*, cf. lat. *quattuor*³.

3.7.2. Asimismo se incluye en él la forma σύρξ citada por el *Etymologicum Magnum* y συρκίζω por Hesiquio, frente a σάρξ y σαρκίζω. Para nuestro objetivo es indiferente decidir entre las dos etimologías propuestas para estas palabras: una que lo relaciona con la raíz indoeuropea **t_uerk-* 'cortar' (la evolución semántica tendría como paralelo la que se registra en lat. *caro* sobre la raíz que da lugar a gr. κείρω), y otra que lo compara a het. *twekhas* 'cuerpo'; en ambos casos la secuencia inicial era **t_u-*.

3.7.3. Puede añadirse a la lista el doblete σῦρω 'tirar'/σαίρω 'barrer', sin etimología segura fuera del griego. La comparación con el caso anterior impone una etimología a partir de **t_u^or-*.

¹ Un paralelo podría ser lat. *indulgeo* si procede de la misma raíz que het. *daluki-*, etc., cf. J. Pokorny, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, Berna, 1959, I, p. 196 y ss. (obra que a partir de ahora citaremos sólo Pokorny).

² Cf. P. Chantraine, *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque*, Paris, 1968, p. 227 (obra que a partir de ahora citaremos sólo Chantraine).

³ Cf. la solución sin vocal de apoyo y con la *u* funcionando por tanto como vocal en Τυρταίος, si procede de *τύρτος 'cuarto'; cf. otras soluciones en § 3.8.4.

3.7.4. La alternancia entre υ y α sólo se explica si postulamos la siguiente evolución: antes de que en griego el grupo $*t_{\mu}$ - pasara a s -, surgió una vocal de apoyo entre μ y r : $*t_{\mu}^{\circ}r$ -. Sobre ella se ejercen entonces dos presiones diferentes: una, asimilatoria a la μ anterior (solución $*t_{\mu}^{\#}r$ -); otra, normal en la vocal de apoyo de la sonante, a adquirir el timbre más abierto, a (solución $*t_{\mu}^{\circ}r$ -). Grosso modo podríamos hablar de una tendencia a la asimilación progresiva $*t_{\mu}ur$ -, frente a una tendencia a la asimilación regresiva $*t_{\mu}ar$ -.

Si se hubiese tratado el grupo $*t_{\mu}$ - antes de la vocalización de la sonante, el resultado habría sido $*s_{\tau}$ -, con lo que la vocalización u sería inexplicable.

Por el contrario, si u fuera la mera vocalización de μ , o mejor dicho, el alófono vocálico de este fonema, el resultado habría sido $*tur$ -, ya que no se registran palatalizaciones de t ante u fuera de casos analógicos como $\sigma\upsilon$ de $\sigma\acute{\epsilon}$ y $\eta\mu\iota\sigma\upsilon\varsigma$ de $\eta\mu\iota\sigma\sigma\omicron\nu$ -. Una nivelación analógica de esta clase podría en principio invocarse para $\pi\acute{\iota}\sigma\upsilon\rho\epsilon\varsigma$, pero la doble sigma de $\pi\acute{\epsilon}\sigma\sigma\upsilon\rho\epsilon\varsigma$ (Hesiquio) indica que hubo una secuencia $*-t_{\mu}u-$, no $*-tu-$. Y lo que está claro en todo caso es que en $\sigma\acute{\theta}\rho\omega/\sigma\acute{\alpha}\iota\rho\omega$ la influencia analógica está descartada. Ambas palabras se separaron por el sentido y no hay huellas para postular $*\tau\acute{\upsilon}\rho\omega$ en ningún dialecto.

3.7.5. En resumen, pueden señalarse tres estadios en la evolución, que presento en paralelo con la que se registra en el tipo $\sigma\acute{\alpha}\lambda\lambda\omega/\sigma\acute{\upsilon}\lambda\lambda\omega$:

I: vocal de apoyo no fonológica	$*t_{\mu}^{\circ}rk$ -	$*sk^{\circ}l$ -
II: doblete a/μ	$*t_{\mu}ark$ -/ $t_{\mu}urk$ -	$*skal$ -/ $skul$ -
III: paso $*tw > \sigma$	$\sigma\alpha\rho k$ -/ $\sigma\upsilon\rho k$ -	$\sigma\kappa\alpha\lambda$ -/ $\sigma\kappa\upsilon\lambda$

3.7.6. Paralelo, y si cabe, más claro aún, es el caso de $\gamma\upsilon\eta$ beoc. $\beta\alpha\nu\acute{\alpha}$. La vocal entre la labiovelar y μ puede sufrir la influencia asimilatoria del apéndice de la labiovelar, con «asimilación progresiva»; $*g^{\#}un$ -, o de la μ , que tiende a vocalizar con el timbre más abierto, a : $*g^{\#}an$ -. A partir de esta situación, ambas formas evolucionan respectivamente a $\gamma\upsilon\nu$ -/ $\beta\alpha\nu$ -.

En este caso el testimonio del micénico es de extraordinario interés. Hablo de la palabra derivada ku - na - ja . Sabemos que en micénico la secuencia labiovelar más consonante no se ha tratado aún, e.g.: qi - ri - ja - to ($k^{\#}riato$), qi - si - pe - e ($k^{\#}si\phi ehe$), qe - re - me - ne - u ($k^{\#}remneus$), ρu_2 - ke - qi - ri ($\phi hurgek^{\#}ris$), etc. Ello indica que ku - na - ja no refleja una palabra con labiovelar seguida de μ , que se escribiría qa - na - ja . En cambio sabemos que ya ha ocurrido en época micénica la pérdida del apéndice de la

labiovelar en contacto con *u*, e.g.: *qo-u-ko-ro* (*g^houkolos*) < **-k^holos*, *e-u-ke-to* (*eukhetoi* < **-g^hhe-*), etc. Para que *g^h* se haya reducido a *g* tiene que haberse creado previamente *u* de modo que **g^hu-* > *g^hun-* > *gun-*. La única razón de que ello suceda en *ku-na-ja* y no en *qi-ri-ja-lo*, *qi-si-pe-he* es que *u* no es el resultado de la simple vocalización del apéndice de *g^h*, sino que ha surgido como resultado de la vocal de apoyo entre *g^h* y *n*, de timbre *u* (frente a la solución contraria que es seguida por beoc. βανά). No es ocioso observar que en griego alfabético, mientras γυνή presenta vocal, πρίατο y ξίφος, no. Parece por tanto falto de base el intento de Hamp¹ de explicar el doble resultado γυνή/βανά a partir de un antiguo paradigma en el que γυνή sería regular, mientras βαν- procedería de casos oblicuos como el genitivo plural. Su explicación fracasa en cuanto que no puede dar cuenta fonética de resultados como ἔβαλον, etc., y, de otro lado, se ve obligado a postular en griego un juego de formas inexistentes como un eol. βενά, un ático δενή, etc.

3.7.7. En un interesante artículo al que ya he aludido, Van Brock añade a esta lista dos dobles: πρέσγυς/πρέσβα que relaciona con la raíz de βαίνω, **g^hu-* y βυθός/βαθύς, derivados de **g^hudh-*, si bien en el segundo caso la β de βυθός es analógica.

3.8. Un segundo grupo de casos de vocalizaciones con *u* lo constituyen aquellas palabras en las que había una labiovelar o *u* que influye a distancia en el timbre de la vocal. Este fenómeno tiene paralelos bien conocidos como el retorromance *leunga* por lat. *lingua*, arm. *awj*, *awcanel* frente a lat. *anguis*, *unguo*. Se trata pues, de casos de asimilación a distancia. Como ejemplos de este grupo podemos citar los siguientes:

3.8.1. βλύζω 'hervir', de **g^hl^d-*, de acuerdo con la glosa de Hesiquio βλύδιον ὑγρόν, ζέον, se relaciona con aaa. *quellan* 'hincharse', de la misma raíz asimismo que βάλλω². Tenemos por tanto un caso de asimilación a distancia, frente a la solución normal *a*, en dos palabras separadas por el sentido.

3.8.2. νύξ, -κτός 'noche' se relaciona evidentemente con het. *nekuz* 'al anochecer', derivados respectivamente del grado cero **n^og^hl^t* y del pleno **neg^hl^t*. Reconstruyo la raíz con **g^hh* (que evidentemente evolu-

¹ E. P. Hamp, «Notes on Early Greek Phonology», *Glotta* 38, 1959-1960, pp. 200-203.

² Cf. Pokorny, pp. 471-472.

ciona a *k* por asimilación a la *t* siguiente) porque en las formas sin alargar como gr. $\nu\chi\alpha$: $\nu\kappa\tau\omega\rho$ Hsch. $\xi\nu\nu\chi\omicron\varsigma$, $\pi\alpha\nu\nu\chi\omicron\varsigma$, etc., aparece χ . La conservación del carácter velar aspirado en estas formas se debe, por fuerza, a una solución previa *u* de la vocal de apoyo tras la cual la labiovelar pierde su apéndice: $*n^{\circ}g^{\#}h-$ > $*nu\dot{g}^{\#}h-$ > $\nu\chi-$.

3.8.3. En una etimología que me parece irreprochable, Nadia van Brock¹ interpreta $\pi\acute{\upsilon}\xi$ como procedente de $*\dot{p}n\dot{k}^{\#}s$, grado cero de la raíz que, en grado pleno, da lugar a $\pi\acute{\epsilon}\nu\tau\epsilon$, etc. La vocal de apoyo de la $*-n-$ se vio influida, por tanto, por el apéndice de la labiovelar.

3.8.4. La palabra para el 'cuatro' en composición aparece en grado cero y pierde la labiovelar inicial: $*k^{\#}l\dot{u}r-$ > $*l\dot{u}r-$. Ante consonante, surge una vocal de apoyo tras la $*-r$: $*l\dot{u}r^{\circ}C-$ que, de acuerdo con lo dicho, puede verse influida durante el proceso de su fonologización por el timbre de *u*: $*l\dot{u}ruC-$ o bien adoptar el más abierto, *a*: $*l\dot{u}raC-$. Ejemplo de la primera solución sería $\tau\rho\upsilon\acute{\phi}\acute{\alpha}\lambda\epsilon\iota\alpha$ y, fuera del griego, avést. $\acute{e}atru-$, agal. $\acute{p}etru-$, lat. $quadru-$. Ejemplo de la segunda, $\tau\rho\acute{\alpha}\pi\epsilon\zeta\alpha$ ².

3.8.5. Es dudoso, si debemos situar en esta serie gr. $\gamma\mu\nu\acute{\omicron}\varsigma$ interpretándolo a partir de $*n^{\circ}g^{\#}m\acute{\omicron}\varsigma$ (grado cero correspondiente al pleno que aparece en het. *nekumanza*), que evolucionará a $*\nu\gamma\mu\acute{\omicron}\varsigma$, y de ahí, por disimilación a $\lambda\mu\nu\acute{\omicron}\varsigma$, por metátesis, a $\lambda\mu\nu\acute{\omicron}\varsigma$ y por ambos procesos, a $\acute{\alpha}\pi\omicron\lambda\acute{\upsilon}\gamma\mu\alpha\tau\omicron\varsigma$. Otras soluciones son evidentemente posibles, como partir de $*n^{\circ}g^{\#}n\acute{\omicron}\varsigma$ > $*\nu n\acute{\omicron}\varsigma$ > $\gamma\mu\nu\acute{\omicron}\varsigma/\lambda\mu\nu\acute{\omicron}\varsigma$, etc. Los hechos se ven muy oscurecidos y no es deseable la intervención de un tabú lingüístico³, pero en todo caso es evidente que se trata de una raíz con labiovelar y que la *u* procede de la fonologización de una vocal de apoyo, cuyo timbre se ha visto influido por el apéndice de la labiovelar contigua.

3.9. Un tercer grupo de casos lo constituyen una serie de palabras procedentes del substrato. No vamos a penetrar aquí en esta resbaladiza problemática, sino solamente a señalar que se ha atribuido por diversos autores a varios términos procedentes de un estadio pregriego un tratamiento con vocalización *u*:

¹ N. Van Brock, *ob. cit.*

² Cf. § 3.7.1 y la nota sobre $\tau\upsilon\rho\tau\alpha\iota\omicron\varsigma$, así como mic. *to-pe-za*, sobre cuyo vocalismo o volveremos. No hay que descartar, con toda, la posibilidad de tomar la solución $*truC$ como metátesis de $*turC-$.

³ Cf. Chantraine, p. 242; Pokorny, p. 769. Además, las soluciones con \acute{o} como aegl. *nagu*, lit. *núogas* hacen verosímil una raíz $*nell^{\#}_3-g^{\#}$.

3.9.1. Hay que citar en primer lugar la hipótesis de Georgiev¹ que atribuye un tratamiento *ur, ul* al *Vorgriechische* indoeuropeo que postula en casos como gr. πύργος frente a gót. *baurgs*, naa. *Burg*², o gr. τύμβος frente a la solución con vocalismo *a* τάφος, que deriva de **dlmbhos*. Este último ejemplo se ha puesto, no obstante, en duda por motivos de sentido, ya que τύμβος es el 'túmulo', mientras τάφος es la 'fosa'³.

3.9.2. De otra parte, Heubeck⁴ reúne una serie de casos en los que explica un resultado *ur/ru* en griego a partir de una **r* de origen anatolio, así por ejemplo πύργος junto a las glosas de Hesiquio φέρκος· τεῖχος, φ(ο)ύρκος· ὀχύρωμα pueden relacionarse con het. *parhuš* y con Πέργαμος; τύρσις con lidio Τύρρα, Τύρσα, etc. Asimismo se pueden incluir en esta serie πρύτανις, que, junto con foc. y cret. βρυτανεύω, -εῖον, presenta la vacilación característica de los préstamos pregriegos, y que puede tener un correlato en hático *huri* 'señor'⁵, y asimismo τύραννος.

3.9.3. Aún hay una serie de palabras de origen dudoso que presentan *u* junto a *l/r* y que pueden aclararse en este contexto. Es el caso de βύρσα, de tan discutida etimología⁶, en la que no podemos ni afirmar ni negar que la *u* proceda de una sonante en grado cero, θυλλίς/θύλακος, par cuyo carácter prehelénico se garantiza por el sufijo -ακος y la alternancia -υλλ-/ -υλ- y que tiene correlatos con vocalismo *a* como θαλλίς· μάρσιππος μακρός y θάλλικα· σάκκου είδος; κύρβις si se relaciona con καρπός o con lat. *corbis*, etc. En todo caso, préstamos o no, se trata de un tratamiento griego y el griego ha hecho formar parte del sistema de su lengua a estos términos, por lo que no basta su condición de préstamos para excluirlas de un tratamiento *u* griego de las sonantes.

¹ V. Georgiev, *Vorgriechische Sprachwissenschaft*, Sofia, 1941, pp. 69-70.

² La relación es ya de P. Kretschmer, «Nordische Lehnwörter im Altgriechischen», *Glotta* 22, 1933, p. 102. Cf. también D. A. Hester, «Pelagian», a new Indo-European Language?, *Lingua* 13, 1965, p. 363.

³ Cf. H. Frisk, *Griechisches Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1960-1972, II, p. 944 (a partir de ahora citaremos esta obra sólo Frisk).

⁴ A. Heubeck, *Praegraeca, Sprachliche Untersuchungen zum vorgriechisch-indogermanischen Substrat*, Erlangen, 1961, p. 58 y ss.

⁵ Cf. J. Linderski, «Etruskische Etymologien: zila9 und pur9», *Glotta* 40, 1962, p. 157 y ss.

⁶ Cf. el resumen de hipótesis propuestas en Frisk, III, p. 57.

3.10. Un cuarto grupo dentro del tratamiento *u* lo constituyen una serie de formas de índole expresiva. Es bien sabido que el ámbito expresivo puede condicionar tratamientos fonéticos diferenciales, pero lo que resulta en ocasiones difícil es determinar cuáles son estos ámbitos, es decir, qué términos podemos catalogar como «expresivos». No obstante creo que podemos establecer sin grandes dudas una serie de apartados dentro de este grupo:

3.10.1. Nombres de animales o sus actividades: βρύτιχος, βύρθακος βρυχάομαι, etc., frente a la solución con vocalismo *a*, βάτραχος; el pez μυλλός si es de la misma raíz que en gr. pleno da lugar a μέλας; κυρίσσω 'topar', de la misma raíz que en grado pleno da lugar a κέρας y quizá μύρηξ, palabra de difícil dilucidación y cuya relación con lat. *formica*, etcétera, no está definitivamente aclarada¹.

3.10.2. Defectos físicos: κυρτός 'jorobado', con el mismo vocalismo que lat. *curvus*. En grado pleno esta raíz da lugar a una amplia serie de términos como κορώνη, lit. *kreivas*, etc.

3.10.3. Hay otros casos en los que el vocalismo *u* se combina con otros recursos reconocidamente expresivos, como la reduplicación, como por ejemplo γυργαθός, con tratamiento diferente de la raíz y la reduplicación a partir de *γυρ-γαρθός. Un vocalismo diferente aparece en γέργαθος, y asimismo μορμύρω con vocalismo *u* como en lat. *murmurō*, ai. *múrmura* 'fuego crepitante', frente a otras soluciones como ai. *mar-mara-* 'ruidoso', etc.

3.10.4. Igualmente podemos hablar de un origen expresivo cuando en la palabra en cuestión se combina el vocalismo *u* al recurso de la geminación, también expresiva. Es el caso de la serie de σκύλλα, σκύλλιον, κύλλα, κυλλός, etc.

3.10.5. En otros casos aún la expresividad es más dudosa, aunque posible, por ejemplo, en κύλινδρος, κυλίνδω², ρυφέω probablemente onomatopéyico, derivado de un grado cero **sr̥bh-* (cf. lit. *surbiù*, lat. *sorbeo*, etc.), que en grado pleno aparece en alb. *gjerp-*, de **serbh-* y

¹ Cf. Frisk, II, p. 272.

² Si no procede de **kr̥uol*, como quiere J. Taillardat, «Le groupe familial grec: κινδάνω, (σ)κινδαρος, οστρακίδνα, κίνδυνος», *REA* 58, 1956, p. 191, n. 3.

en lit. *srebiũ*, de **srebh-*, cf. gr. ῥοφέω. En algunos casos parecen coexistir la variante expresiva y otra con el vocalismo «normal», *a*: σκύλλω/σκάλλω, σπυρθίζω/σπαίρω, etc.

3.11. Descontados todos estos casos, nos queda aún una serie relativamente larga de palabras cuyos denominadores comunes son: en el aspecto fonético, vecindad de labial o gutural, que facilita la realización de la vocal de apoyo con timbre *u*; en el aspecto morfológico, su aparición fuera de series de alternancias morfológicamente normales; en el aspecto semántico, su aislamiento de grandes grupos semánticos, o bien el aprovechamiento de la vacilación en las vocalizaciones para marcar diferencias lexicales (lo que desde luego ocurre también en algunos grupos de los anteriormente analizados). La forma con vocalización *a* se integra normalmente en series más amplias. Llegados a este punto, los condicionamientos últimos se nos escapan, y la razón por la que en unos casos se imponga lo que hemos venido llamando «asimilación progresiva» (*h^or* > καρ) y en otros la «regresiva» (*h^or* > κυρ)¹ como en βανᾶ/γυνή, no nos es accesible. Nos limitamos pues a citar algunos de estos casos no clasificables, con las características señaladas:

3.11.1. Derivadas del grado cero de la raíz que hay en ἀγείρω y ἀγορά son ἄγυρις y ἀγύρτης, con vocalización *u*, que alterna con el vocalismo *a* en jon. ἄγαρρις y con *o* en ἀγορρις: ἀγορά ἄθροισις, πανάγορσις, etc.

3.11.2. El adverbio ὑπόβρυχα (ya documentado en Homero), así como ὑποβρύχιος (en los *Himnos Homéricos*), etc., presuponen un nombre raíz *βρύξ que presentaría, en grado cero, la misma raíz que βρέχω.

3.11.3. Etimológicamente, κύλιξ y κάλιξ son dos variantes dissociadas por el sentido de la misma raíz.

3.11.4. En μύλη tenemos el grado cero con vocalismo *u* de la raíz **mel-*, abundantemente representada en indoeuropeo². No es seguro ninguno de los ejemplos con vocalismo *a*: ἀμαλός, μαλερός, μάλευρον, ἄλεομαι³, etc.

¹ Naturalmente en el caso de la secuencia sonante más consonante, la terminología sería la contraria, regresiva, *u*, progresiva, *a*.

² Pokorny, p. 716 y ss.

³ Sobre este último, cf. J. Chadwick y L. Baumbach, «The Mycenaean Greek Vocabulary», *Glotta* 41, 1963, p. 170.

3.11.5. Tanto σφῦρα como σφαῖρα representan soluciones de una raíz en grado cero con sufijo $*-i(e)H_2$: $*sp(h)^o r-iH_2$ ¹, una con vocalismo *u*, otra con vocalismo *a*, fijadas antes del tratamiento del grupo *r + y* (cf. con ἄ, σφυρόν).

3.11.6. Es clara la relación de φύλλον con lat. *folium*, mir. *bilíoc* (< **bhelio-*), etc., y probablemente pertenece a la misma raíz que da lugar a gr. φαλλός, etc.

IV. TIMBRE *i*

4.1. También se intentó desde antiguo dar respuesta al problema de la aparición de grados cero con vocal *i* junto a la sonante. Hirt² recurrió para ello a otra vocal reducida, ésta palatal, solución que se presta a críticas de la misma índole que la vocal reducida velar que invocaba para explicar la *u*: no se aclara las alternancias del tipo σκαίρω /σκιρτάω ni puede dar cuenta de las condiciones de aparición de la tal «vocal reducida palatal». Por su parte Güntert³ recurría en unos casos a la asimilación de timbres, por ejemplo en λικριφίς, χίλιοι, etc., y en otros, a una disimilación de dos vocales de timbre *u* en serie (πρισγεύς, etcétera), explicación que no es aplicable a todo el resto de los ejemplos de la vocalización *i*. En cuanto a la serie de verbos con sufijo nasal con *i* en la raíz como κίρναμαι, κρίννημι, κίννυμι, πίλναμαι y quizá *ἴρνωμι según el epíteto de Zeus, ἱρνύτιος, Kuryłowicz⁴ los considera analógicos de un presente reduplicado, ὀνίνημι reinterpretado como presente en -νη. La existencia de estas vocalizaciones pasa a pequeños apartados en los manuales de Schwyzer⁵ y Lejeune⁶. Adrados⁷ precisa que la vocalización *i* puede verse fonéticamente determinada por una dental o por una *l* alveolar contigua.

4.2. También en este caso caben precisiones, aunque los materiales para la vocalización *i* sean mucho más problemáticos. Como en el caso

¹ Sobre la alternancia *p/ph* cf. recientemente F. Villar, «El problema de las sordas aspiradas indo-europeas», *RSEL* 1, 1971, pp. 129-160. La raíz aparece ampliamente documentada en indoeuropeo, cf. Pokorny, p. 992 y ss.

² H. Hirt, *ob. cit.*, II, p. 76 y ss.

³ H. Güntert, *ob. cit.*, pp. 22-24.

⁴ J. Kuryłowicz, *ob. cit.*, p. 259 y ss.

⁵ E. Schwyzer, *ob. cit.*, p. 352.

⁶ M. Lejeune, *ob. cit.*, p. 208.

⁷ F. R. Adrados, *Estudios...*, p. 41.

de la *u*, hay que descontar previamente aquellas palabras en las que la *i*, que pretendidamente procede de la vocalización de la sonante, se debe en realidad a otro origen.

4.2.1. Así *ρίζα* se relaciona con gr. *ῥάδιξ*, lat. *rādix*, lo que apunta a la existencia de una laringal $*H_2$ entre *r* y *d*, responsable del alargamiento y timbre de la *a*. Ello hace verosímil que dicha laringal sea palatal y que el timbre *i* se deba a la vocalización de su apéndice: $*urH_2^{\circ}d_iH_2$; cf. ya en micénico *wi-ri-za*. Hay en cambio *a* en *ῥάδαμνος*, con vocal de apoyo entre *r* y la laringal, vocal que en eolio tiene timbre *o*: *Ῥόδαμνος*, cf. *ῥόδαμνος* en Hesiquio y *ὀρόδαμνος*.

4.2.2. El caso de *νίσσομαι* es dudoso. Si se piensa que se trata de $*ni-ns-o-mai$, esto es, de un presente reduplicado y en grado cero, la *i* sería la vocal normal de la reduplicación, para ello presenta el grave inconveniente fonético de que se esperaría *νίνομαι*. Si en cambio se piensa en un desiderativo con grado vocálico reducido: $*n^{\circ}s-so-mai$, *i* procede fonéticamente de una vocal de apoyo con timbre *i* ante *s*¹. La cuestión permanece abierta.

4.3. Descontados estos casos, el resto del material puede clasificarse en tres grupos.

4.3.1. Un primer grupo lo constituyen las palabras en las que la sonante estaba palatalizada. Así, de *οἰκτρός* se crea el presente con *ξ* *οἰκτρίξ*; *ἡ ἐνημερία ἔχει προσημασθῆναι ὅτι ἡ ἀνομιὰ τοῦ κτρὸς ἔσθ' ἔτι καὶ ἔστιν ἡ ἀνομιὰ τοῦ κτρὸς ἔτι καὶ ἔστιν ἡ ἀνομιὰ τοῦ κτρὸς* no había palatalizado ante *ξ*, pero aún no se había consumado el tratamiento que acaba con la pérdida de *ξ*. A partir de ese momento, el tratamiento se consuma y los resultados son lesbio *οἰκτρίρω*, át. *οἰκτρίρω*. En cuanto a la vocalización *i* en *οἰκτρίω* sería lógica si junto a *σκαίρω* (de $*sk^{\circ}r_i\bar{o}$, con la vocalización normal *a* previa al tratamiento del grupo *ri*) hubiera un *σκίρω*, como *οἰκτρίρω*, o si la derivación se produjo a partir de un estadio intermedio, cuando *r* se había palatalizado. Esta sería también la explicación de *κίλλος* y *κίλλος* si proceden de $*k^{\circ}l_i\bar{o}s$, lo cual es posible, y de *πιλνός*, si procede de *πλινός* (cf. *πελιδνός*, *πελιπνός*, *πελλός*, etc.).

4.3.2. Otro grupo coherente lo constituye la serie de verbos con sufijo nasal, de acuerdo con la explicación antes mencionada de *Kurylo-*

¹ Cf. bibliografía en Frisk, II, p. 305.

wicz, con la salvedad de decir que en todo caso no se trata de analogías *a posteriori* (esto es, de la sustitución de las formas con vocalización normal por las con *i*), sino de una presión analógica ejercida en el proceso de fonologización de la vocal de apoyo.

4.3.3. Quedan, como en el caso de la vocalización *u*, un puñado de palabras de explicación dudosa: κικκίς, quizá de una forma reduplicada sobre la raíz de κλίνω: **hi-klín-*, con *i* en la reduplicación y disimilación; λικριφίς, en donde puede haber asimilación vocálica, etc.

4.4. Aunque la vocalización *i* no alcanza la extensión de la vocalización *u*, siguen subsistiendo las mismas dificultades que en ésta para determinar los motivos últimos de su aparición y por qué se impone a la vocalización *a* que se produce también en casos en los que la sonante estaba palatalizada; piénsese en σκαίρω/σκιρτάω, etc.

V. VOCALIZACIÓN *e*

5. La vocalización *e* tiene unos límites muy claros¹. Se limita al lesbio, en secuencias *ri-* en las que la *i* se consonantizó, y el grupo *ri* se resolvió en una geminada palatal secundaria que provocó el timbre *e* de la vocal de apoyo surgida ante ella, precisamente por su carácter palatal. Son bien conocidos los casos de μέτερρα, Περράμω. Ante consonante, la geminada se redujo, por ejemplo, en τέρτον. El fenómeno puede verse también en el eolio de Asia en casos como Ἰκέρτης, Τέρφεις.

VI. VOCALIZACIÓN *a/o*. OPINIÓN COMUN Y CRÍTICAS A LA MISMA

6.1. Más interesante es sin duda el estudio de las vocalizaciones *a* y *o* porque en él se mezclan cuestiones de dialectología. La opinión común, largo tiempo sustentada y que llega, por ejemplo, a la fonética de Lejeune² es la siguiente: las líquidas dan *ap/ra*, etc., en jónico ático y en dorio, pero *op/ro*, etc., en eolio y arcado-chipriota. Las nasales dan *a* en todo el griego. Los hechos no permiten, sin embargo, su reduc-

¹ Es evidente que resultaría imposible hallar ejemplos claros de esta vocalización fuera de los que citaremos, dado que no pueden distinguirse de un grado *e*. Por ello es metodológicamente más aceptable no tomar en consideración una hipotética vocalización *e* del grado cero, más que en los casos que siguen.

² M. Lejeune, *ob. cit.*, p. 195 y ss.

ción a un esquema tan simple, por lo que no faltaron, desde bien pronto y desde frentes distintos, puntos de vista divergentes del mismo. Creo que merece la pena hacer una breve relación de las principales aportaciones en este terreno.

6.2. Ya Meillet en 1910¹ señaló la posibilidad de *o* panhelénica procedente de nasal sonante en algunos ejemplos como εἴκοσι, ὄπαιρος, ἐντόπιον, γροφεύς, etc., y concluía que «des conditions qui régleraient leur répartition... son aussi indéterminables que celles qui règlent la répartition de υρ, ρυ et de αρ, ρα, sur le principe de laquelle on ne sait rien». La voz de Meillet resultó una auténtica predicación en desierto. Habríamos de esperar hasta 1951, en el que surge un nuevo detonante contra la opinión común, con el desciframiento del micénico.

6.3. Los ejemplos del micénico presentaban para *r* resultados *or/ro* (al menos así se interpretaron en un principio las grafías con signos silábicos tipo *to* frente al tipo *lo-ro*) y algún ejemplo de *ar, ra*: *pa-wc-a* [*phárweha*], *ka-po* [*karpós*], *e-ra-pe-me-na* [*er(r)apménā*]. Para las nasales había vacilación entre *o* y *a* incluso dentro de la misma palabra: *pe-mo*/*pe-ma*, *a-re-po*/*a-re-pa-*, etc.

6.4. Para explicar esta alternancia se propusieron soluciones de diferentes índoles:

6.4.1. Una base fonética para estas distribuciones trató de buscarla Anna Morpurgo², quien postuló para la nasal sonante que el timbre *o* se debe a la vecindad de labial. En cuanto a las líquidas, concluye en otro trabajo³, que el resultado con *o* se produce tras *u*. Desmienten, no obstante, una interpretación tan esquemática de los hechos los casos de *pe-ma*/*pe-mo*, *to-pe-za*, *ma-to-pu-ro* y un largo etcétera.

6.4.2. Por su parte Ruijgh⁴ piensa en una nivelación morfológica a partir de la solución *-or/-a-* en los heteróclitos, en dos flexiones: una *-or, -otos* y otra *-ar, -atos*. No obstante tal solución deja sin explicar el vocalismo de formas como *e-ra-po*, *ri-me-ne*, *e-ra-pe-me-na*, *ka-po*, etc.

¹ A. Meillet, «Sur une origine de grec *o*», *MSL* 16, 1910, pp. 217-220.

² A. Morpurgo, «L'esito delle nasali sonanti in miceneo», *RAL* 15, 1960, pp. 321-336.

³ A. Morpurgo, art. cit. en *Alli Roma*.

⁴ C. J. Ruijgh, art. cit.

6.4.3. Otra tentativa de explicación es considerar la posibilidad de que el micénico incluyera dos dialectos diferentes. Iniciada por Mühlestein¹, fue recogida con variantes en diversas propuestas por Georgiev², y asimismo reflejada en la distinción sugerida por Risch³ entre un micénico normal y un micénico especial.

6.5. Por otra parte, la frecuencia de la vocalización *o* en micénico llevó a una serie de estudiosos a la conclusión de que, dado que ese tratamiento caracterizaba al eolio y al arcado-chipriota por oposición al jónico-ático y al griego occidental, el micénico se alineaba con el primer grupo. Ahora bien, no voy a insistir en el problema de la agrupación dialectal originaria, dado que es cuestionable que la isoglosa del tratamiento de las sonantes sirva para establecer una diferenciación dialectal antigua. Efectivamente, en una serie de trabajos ello se iría poniendo en evidencia en mayor o menor medida, como veremos a continuación.

6.6. Adrados fue el primero en señalar⁴ la poca fiabilidad del tratamiento *a/o* como isoglosa diferenciadora de grupos dialectales. Respecto a las líquidas, hay *o* supuestamente eolia en todo el griego en casos como πόλις, πολὺς, σπολάς, ῥόδον, en jon. Ἀπατουρία, etc., y es forzado considerar una palabra como βροτός un eolismo. De otro lado hay *a* en arcado-chipriota y en eolio en palabras como στρατός, κάρζα, σπάλεις, γράφω, etc., en condiciones fonéticas indeterminables. En cuanto a las nasales, Adrados se hace eco de Meillet con respecto al tratamiento panhelénico *o*, y añade la presencia de *o* fuera del eolio en casos como heracl. καθαρός, τοφίων, ciren. ἐντόφιον, etc., con todo lo cual la distribución *o* en eolio y arcado-chipriota, *a* en el resto tiene todo el aspecto de ser una regularización tardía, que sólo pudo producirse a partir de un estadio previo de vacilación. Observa asimismo la posibilidad de un influjo fonético en los tratamientos: *o* aparece fundamen-

¹ H. Mühlestein, «Zur mykenischen Schrift. Die Zeichen za, ze, zo», *MH* 12, 1955, p. 121 n. 19 y p. 125 n. 40.

² Se refiere concretamente al tema que nos ocupa en «Le traitement des sonantes voyelles indoeuropéennes et le problème du caractère de la langue mycénienne», *Acta Micenaea*, Salamanca, 1972, pp. 361-379.

³ E. Risch, «Les différences dialectales dans le Mycénien», *Proc. of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies* (ed. L. R. Palmer y J. Chadwick), Cambridge, 1966, pp. 150-157.

⁴ Primero en *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca, 1952, luego en el art. cit. recogido en *Estudios...*

talmente en vecindad de labial o gutural y el timbre puede verse influido por ellas. También es influible por una vocal *u* siguiendo a la sonante. Con todo, el trabajo de Adrados vuelve a correr la suerte del de Meillet. Es más, curiosamente en una serie de estudios recientes se llega, sin citarlo, a puntos de vista semejantes o no discordantes con el mismo, como veremos.

6.7. Un nuevo golpe a la visión tradicional lo asesta Anna Morpurgo¹ al señalar que la opinión común de un tratamiento *or/ro* en arcado-chipriota se debe a un artículo de Fraenkel en 1911 y se basa en pocos ejemplos, frente a los más abundantes de *ar/ra*. En su trabajo demuestra de modo convincente que los casos con *ar/ra* no son préstamos, sino que este tratamiento es fonético en ambos dialectos. No obstante, incapaz de admitir un doble tratamiento, desecha el carácter fonético de *or/ro* salvo tras *u*, donde puede serlo, viéndose así obligada a admitir grados *o*, falsas etimologías, préstamos, etc., para los casos con vocal *o*.

6.8. En cuanto a O'Neil² se ocupa del tema de *r* y *l* en griego y señala que ante vocal, ante *i*, *u*, en posición inicial y final, así como ante **-ks* (evolucionada a *ξ* o a *χ*- ante el sufijo *-μα*), la vocalización *a* es panhelénica, con lo que en lesbio son fonéticos resultados como los producidos en *χαλάσσομεν*, *χαρίς*, etc. En el resto de los casos, *ra*, *la* son los resultados del jonio, la mayoría del eolio y el dorio, mientras *or* es el propio del lineal B y del arcado-chipriota. En eolio de Asia, lo corriente es *a*, aunque hay casos de *o*. En lesbio hay *a* (*ἀβλάβην*, *ἀτράκτω*, *βράκε(α)*, etc.) pero el tratamiento *o* es más normal e incluso al confundirse con los grados *o* produce una extensión de los grados *o* fuera del contexto de las primitivas sonantes. Incapaz de admitir una alternancia *a/o* sobre bases fonéticas, concluye que el vocalismo *o* tiene su origen en algún subdialecto del eolio anterior a la migración, aunque reconoce que no es posible determinar el área en la que este dialecto pudo hablarse.

6.9. Desde otro frente contradice la distribución tradicional de los tratamientos Wyatt³, quien ante la existencia de *o* en jónico-ático

¹ En el trabajo ya citado de *Atti Roma*.

² En el extenso artículo ya citado.

³ En un trabajo hiperneogramático: «Sonant /R/ and greek dialectology», *SMEA* 13, 1971, pp. 106-122.

y gr. del Noroeste en palabras como έορτή, στοργή, πόρρω, Κρόνος, χρόνος y de *a* en eolio (Safo, Alceo e Inscripciones) en palabras como καρδίαν, έμαρψε, πάρθενον, έγραφεϊ, etc., concluye que lo general era *α/ρα* pero hay casos de *ο* debidos a analogía con grados plenos con *ο* (στροτός/στρώννυμι, έροτός/έρως). Asimismo señala que una *υ* en sílaba siguiente puede influir sobre el vocalismo (lo que había sido puesto de manifiesto antes por Adrados, a quien Wyatt no cita)¹, en casos como βροχύ, γροφεύς y que igualmente *ο* puede deberse a la proximidad de labial en casos como δρόμωμεν, etc., por lo que βροτός no es eolio, sino pregriego (ambas observaciones hechas asimismo por Adrados). Las reglas marcadas por Wyatt son:

- a) Pregriego **ɾ* > *α/ρα*.
- b) Protogriego *α/ρα* > *ο/ρο* ante sílaba siguiente con *υ*.
- c) En gr. del sur del Peloponeso, *α* > *ο* ante la secuencia *ρ* + cons.
- d) En lesbio, *α* > *ο* ante labial.

Por tanto, las reglas que se refieren al eolio y al arcado-chipriota son diferentes y el tratamiento de las sonantes no puede considerarse una isoglosa que sirva para agrupar dialectos².

6.10. Caso particular es el de Strunk, quien en un artículo reciente³ ha tratado de explicar, a partir de una secuencia lateral más larinal **H*₁, algunas formas con vocalismo *ο*: πόλις, πολύς, δολιχός y άμβολιεργός. Es evidente, no obstante, que por sí sola esta secuencia no es determinante del vocalismo *ο*. Dos ejemplos evidentes en contra son βάλλω y καλέω, ambas con **H*₁, cf. los grados *Ø/P* en βέβληκα, κέκληκα. Es por ello preferible ver en πόλις y πολύς influencia de la labial anterior

¹ La diferencia fundamental consiste en que Wyatt cree que *αρ* > *ορ* y Adrados cree que la influencia se produce sobre la vocal de apoyo antes de fonologizarse. Cf. también R. F. Adrados, «Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico», *EMERITA* 44, 1976, pp. 88-90.

² El artículo es dogmático y en exceso simplificador, pero de él pueden sacarse ciertas verdades de interés: la existencia de factores fonéticos en ciertos resultados tildados de préstamos, la analogía de los grados plenos como factor influyente, el haber puesto de manifiesto que la visión tradicional del reparto *α/ο* es en exceso simplista, así como la escasa fiabilidad de los tratamientos de *ɾ*, etcétera, para la dialectología.

³ K. Strunk, «Verkannte Spuren eines weiteren Tiefstufentyps im Griechischen», *Glotta* 47, 1969, pp. 1-8. La hipótesis remonta a Saussure, aunque Strunk no lo cita, cf. J. Gil, art. cit., p. 108.

y en δολιχός un grado *o* (cf. la existencia de un grado pleno *e* en ένδελεχής). En ἀμβολιεργός, ambas explicaciones son posibles.

6.11. Un importante trabajo sobre el tema, tanto por su abundante pertrecho de materiales como por su afinadísimo análisis filológico de los mismos, pero especialmente por su honzadez metodológica, es un extenso artículo de F. Bader¹ en el que examina unos materiales no puestos antes en circulación para el tema: los primeros miembros de compuesto, terreno bien conocido por la autora, que ha consagrado al mismo varios y meritorios trabajos. Del examen de estos datos, en contraposición con las vocalizaciones en la flexión, concluye esta profesora en primer lugar que los temas en vibrante y nasal evolucionan en composición a un vocalismo *o* ante consonante: v. g. μητρο- ἄρμω-, ἄλειφο-. En segundo lugar, que esta situación aparece también en palabras aisladas, como θρόνος, Κρόνος, etc. Y en tercer lugar, que como contrapartida, hay categorías enteras que sólo tienen *a*, como los acusativos plurales en -ας, los nombres en -μα, etc., todo lo cual testimonia la existencia posible en el primer milenio, como ya en micénico, de dos tratamientos de las sonantes vocálicas: *o* y *a*, en un mismo estado de lengua, una misma categoría morfológica o un mismo término, presentándose incluso ejemplos de vacilaciones en una misma inscripción. Y todo ello sin que sean imputables a orígenes dialectales diferentes, con lo cual niega la opinión de Cowgill², que pretende ver una diferencia radical entre la situación del micénico y la de los dialectos del primer milenio.

No obstante, las consecuencias que de ello extrae no son de gran alcance. En fonética, se mantiene exactamente en el mismo punto de perplejidad en el que había quedado Meillet. En dialectología, observa que se trata de una normalización de grado más que de naturaleza, por lo que la vocalización de las sonantes no es un criterio determinante para clasificar los dialectos griegos.

6.12. Hay que aludir, por último, a un artículo de Moralejo³ en el que se plantea la relación de los tratamientos del micénico con los

¹ F. Bader, art. cit.

² W. Cowgill, «Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean», *Ancient Indo-European Dialects* (ed. H. Birnbaum y J. Puhvel), Berkeley y Los Angeles, 1966, pp. 77-95.

³ J. J. Moralejo Alvarez, «Sonantes y griego micénico», *EMERITA* 41, 1973, pp. 409-426.

de los dialectos del primer milenio para evidenciar que tanto *a* como *o* eran resultados alternativos de la vocalización de las sonantes que sólo posteriormente fueron regularizados en los dialectos, por lo que no puede citarse ningún dialecto del primer milenio como descendiente del micénico.

VII. CONCLUSIONES SOBRE LA VOCALIZACIÓN *a/o*

7.1. Haciendo balance de lo dicho sobre los vocalismos *a/o*, cabe plantearse si podemos situar en un esquema coherente y científicamente válido la multiplicidad de hechos observados y salvar las perplejidades que por ejemplo suscita en F. Bader la variedad de comportamientos que muestra el material exhaustivamente analizado por ella misma. La realidad de los hechos nos obliga a explicarlos, no a forzarlos desde perspectivas preconcebidas. A este respecto, creo que hay dos vías de aproximación al problema, una, que afecta a la metodología en general, y otra, que se refiere al aspecto fonológico de la cuestión.

7.2. Respecto a esta primera vía hay que poner de manifiesto que hay una base metodológica seguida sin crítica por casi todos los trabajos que he reseñado¹ que consiste en el malentendido de que el método lingüístico (esto es, científico), debe coincidir con la regularidad simplista, aunque sólo sirva para una parte de los materiales, mientras que el aceptar la complejidad y la interdependencia de factores múltiples que intervienen en los procesos lingüísticos constituye, paradójicamente, la negación de la lingüística como ciencia. En efecto, se admite bajo estos presupuestos la existencia de dos resultados diferentes de un mismo fonema en uno de los casos siguientes:

7.2.1. Si en su coexistencia se pueden determinar las condiciones, esto es, si aparecen en entornos diferentes (no, en cambio, si aparecen en un mismo entorno).

7.2.2. Sí se pueden señalar niveles cronológicos o dialectales (considerándose «dialectales» como aproximadamente coincidente con «geográficos»), en cuyo caso un resultado es fonético y el otro, préstamo.

7.2.3. Si uno de los resultados es el normal y el otro se debe a pre-

¹ Excepciones son los trabajos citados de Adrados, Bader y Moralejo.

siones de tipo morfológico. Entonces, uno se considera fonético, y el otro, analógico.

7.3. Lo cierto es que los hechos no son tan simples como el anterior esquema invita a pensar.

7.3.1. En primer lugar, la dificultad de determinar lo que constituye un «contexto igual» fue señalada ya en el siglo pasado por lingüistas de la talla de Schuchardt, Jespersen y Koch, quien en 1896 señalaba que el requisito del contexto idéntico nunca se cumplía. Sobre un fonema influyen no sólo los contiguos, sino también los que aparecen a distancia en la cadena hablada, a más de hechos de silabación, *tempo*, expresividad, valores estilísticos o incluso la pertenencia social del hablante, así como las influencias de la primera articulación sobre la segunda. Teóricamente, la posibilidad de estas influencias múltiples se admite, pero en la práctica, se opera como si los fenómenos que intervinieran en un proceso fueran simples y unilaterales; en otras palabras, se opera sólo con una parte de los factores en juego y se trata de explicar sólo con ellos la totalidad del hecho en cuestión.

7.3.2. En cuanto a las diferencias dialectales, la tendencia es a confundir dialectología con geografía o dialecto con compartimento estanco. Hay una dialectalización no geográfica, de índole social, en la que es posible que coexistan largo tiempo pronunciaciões diferentes. Naturalmente que esta dialectalización no geográfica nos resulta inaccesible, a la distancia temporal a la que nos hallamos de los hechos, pero no podemos negarla por el simple hecho de que la ignoramos. La dualidad de pronunciaciões es perfectamente pensable durante un largo tiempo y sólo secundariamente los dialectos impusieron (y nunca del todo) una solución u otra. Así pues es evidente que no se puede dar a las sonantes un valor para la distinción de dialectos más que concibiendo el predominio de una de las soluciones como resultado de una elección (prescindiendo de *u*, *i*, que no han sido elegidas por ningún dialecto y presentan el aspecto de soluciones residuales). Una de las soluciones cristaliza en una mayor frecuencia estadística (*o* en eolio, *a* en dórico, jónico-ático, más repartidas en arcado-chipriota y micénico), pero entiéndase bien que no son tratamientos exclusivos ni independientes de uno u otro dialecto, sino hechos de elección y generalización en los que quedan en mayor o menor medida huellas de la situación antigua. A la vista de los datos en el tema que nos ocupa, creo que es claro que es ésta la conclusión que hay que obtener, de acuerdo además con

ideas sostenidas por Bartoněk¹ respecto a la coexistencia de dos variantes lingüísticas en un mismo estado de lengua.

7.3.3. En cuanto a la analogía, hay que señalar que no siempre es un fenómeno producido *a posteriori*, sino que el cambio fonético puede ser encauzado desde la primera articulación, como veremos en § 7.7.6.

7.4. Ante la existencia de estas limitaciones y terrenos no accesibles a la metodología al uso, creo que resulta extremadamente inapropiado un dogmatismo a ultranza que decida, sin basarse en los hechos, que un tratamiento es único y exclusivo de un dialecto y cuando aparece otro se debe a razones no fonéticas (préstamos, analogías, etc.).

7.5. Pero hay algo mucho más importante: pienso que hay un error de base en las interpretaciones que frecuentemente se hacen de este cambio desde un punto de vista fonológico. La vocal de apoyo, causante de la posterior aparición de vocales en la vecindad de las antiguas sonantes vocálicas en grado cero, no es un fonema, sino, en la precisa terminología de Hamp² un vocoide alofónico. Ello comporta una serie de consecuencias: *a)* que el vocoide alofónico no está situado en un haz de correlación; *b)* que no posee rasgos distintivos frente a las demás vocales; *c)* que, por lo tanto, no está defendido por oposiciones que puedan provocar, en sus alteraciones, los fenómenos bien conocidos ya desde las importantes aportaciones de Martinet al tema, de tracción, propulsión, etc. La invasión del margen de seguridad de una vocal por una realización de la vocal de apoyo no provocaba conflictos distintivos por el mero hecho de que la vocal de apoyo no poseía de antemano rasgos distintivos; *d)* por todo lo dicho, los cambios que se refieren a las sonantes vocálicas indoeuropeas no pertenecen ni a los llamados cambios por alófonos ni a los llamados cambios por fonemas. Se trata más bien de uno de esos cambios que suelen denominarse « esporádicos » y tiene su origen en una tendencia a una sílaba fonológicamente normal. La ley fonética que se refiere a las sonantes no puede enunciarse diciendo que * γ da $\alpha\varphi$, etc. como frecuentemente se hace, sino más exactamente diciendo que una sílaba TRT se resuelve en una sílaba

¹ A. Bartoněk, «Mycenaean Koine Reconsidered», *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies* (ed. L. R. Palmer y J. Chadwick), Cambridge, 1966, p. 97.

² E. P. Hamp, art. cit.

con vocal TERT o TRÉT y que una sílaba TRE puede (no siempre) resolverse en TERÉ. A partir de todo ello, el proceso puede describirse como sigue:

7.6. En términos fonológicos, lo que se ha producido es una fonologización del vocoide alofónico que acompañaba a las sonantes indoeuropeas, en una vocal plena. ¿De qué timbre? Desde luego, en el de una vocal ya existente en el sistema de la lengua, lo cual es lógico, porque no hay que mantener por transfonologización una distinción entre voca! plena y vocoide que fonológicamente no existía.

7.7. De otro lado, el resultado vocálico, fuera cual fuese, no chocaba con las normas de distribución fonológica: esto es, una solución $υρ$, por ejemplo, se tolera por la existencia de antiguas secuencias $*u + r$ (o $*H^{*o} + r$), op , por los grados o , etc.

7.8. Sobre este vocoide alofónico en trance de fonologizarse se ejercen varias presiones de intensidad variable que pueden sintetizarse como las siguientes:

7.8.1. El carácter de las sonantes, sonoras y abiertas, que provoca una tendencia no condicionada contextualmente a desarrollar un apoyo vocálico de abertura máxima: a . De ahí que el tratamiento $áp$ - en inicial sea absolutamente mayoritario y panhelénico. El contexto (consonante final de la palabra anterior) varía, y se impone el tratamiento no condicionado.

7.8.2. Si la sonante está palatalizada, la tendencia es a una vocal de apoyo de timbre palatal. Es el caso de i en οἰκτίρω, de e en la palatalización secundaria del lesbio, Πέπρασμος, etc.

7.8.3. Influencia de la consonante vecina. Así, la labiovelar influye en un timbre u , la labial y gutural, en u o en o , etc.

7.8.4. Influencia de fonemas a distancia, estudiados para la vocalización u y para algunos casos de o .

7.8.5. Factores expresivos, cuya intervención pudo observarse asimismo especialmente en el caso de la vocalización u .

7.8.6. Influencia de la primera articulación, que puede encauzar el cambio fonético de diferentes formas:

a) La pertenencia de la palabra afectada por el cambio a una serie morfológica. Así se explican el timbre *o* analógico de grados plenos con *o* larga, observada por Wyatt (ἔροτος, στροτός) o la consideración de una *o* producto de grado cero como un grado *o*, tipo θρόνος. Por influjo morfológico de los verbos reduplicados en -μι se explicaba la aparición de *i* en raíces que contienen una sonante en grado cero. Aún puede añadirse el caso de las series de numerales en las que se han operado regularizaciones secundarias de una *u* otra vocalización: τέτοτος junto a δέκοτος, etc.

b) Otra forma de actuación de la morfología es la tendencia a regularizar los resultados cuando la sonante en cuestión se halla en una desinencia: de ahí que el acusativo plural en *-ης se resuelva por -ας en todos los dialectos, aunque fonéticamente podía tender a realizarse con vocales diferentes. Asimismo para conservar la unidad de la categoría morfológica, el sufijo *-men/-mon en grado cero se resuelve siempre en -μα en los sustantivos, pero en -μο en los compuestos. Tal regularización no sólo produce en los morfemas, sino también en frontera de morfema (hay siempre α en los dativos plurales: πατράσι, etc., pero ante *-then siempre *o*: πατρόθεν, etc.).

c) En otros casos se trata de la intervención de la serie léxica a la que pertenece una palabra: la serie ya analizada de vocalizaciones *u* de sonantes en grado cero en palabras de origen microasiático puede ser un buen ejemplo de ello. Es evidente que no hay que pensar que fueran prestadas ya con una *u* que no tenían en las lenguas de origen, sino prestadas con sonante en grado cero y que evolucionaron a *u* por su carácter «exótico». Igual hay que decir de cierto léxico «internacional» del que sería un buen ejemplo la palabra de la 'dracma', resistente a presentar diferencias dialectales, etc.

7.9. Hasta aquí pienso que puede llegar por ahora el método lingüístico: a fijar las condiciones, los factores que intervienen en el cambio, qué resultados tienden a imponerse y qué dialectos tienden a generalizar una solución u otra. Los hechos son pues más complejos que la mayoría de los esquemas propuestos y opino que la estrechez de esquemas no hace avanzar la lingüística, sino que más bien la detiene, la empobrece y, lo que es peor, la falsea.

VIII. CRONOLOGÍA DEL TRATAMIENTO DE LAS SONANTES. LA TEORÍA DE HEUBECK

8.1. Queda por último aludir brevemente al problema de la cronología del tratamiento de las sonantes, concretamente a la hipótesis enunciada por Heubeck¹ acerca de la conservación en micénico, sin tratar, de la vibrante vocálica.

8.2. Las principales conclusiones de Heubeck son las siguientes:

8.2.1. La secuencia **-rH₂* se había tratado ya en micénico y había evolucionado a *-rā*, como se ve en casos como *ka-ra-le-ra* [*krālēra*], *pa-ra-ke-se-u* [*Prākseus*], *ka-ra-a-phi* [*kraha(p)phi*], etc.

8.2.2. La sonante **ɣ* está aún sin tratar y se escribe con dos variantes *Co-ro/Co*. El autor interpreta como meramente gráficas la vacilación entre *ma-lo-φu-ro* y *ma-to-ro-φu-ro* por estimar que es imposible que un mismo lugar tenga nombres diferentes.

8.2.3. Apoya su interpretación de los hechos la existencia de escansiones homéricas de palabras como *ἀνδροτήτα* y *ἀμβροτάξομεν* con *ᾱ*, que presuponen, en su teoría, *anɣt-*, [*amɣt-*].

8.3. La hipótesis de Heubeck, aunque sugestiva, se ha visto sin embargo contestada por una serie de argumentos:

8.3.1. Así Moralejo² considera como regla central de la ortografía micénica la presentación clara del centro silábico, de modo que una grafía como *to-* para */tɣ/* lo desdibujaría. En cuanto a las escansiones homéricas, propone como solución asignarles una fecha premicénica, no excesivamente alta, aunque en algunos casos la irregularidad métrica se salva postulando formas del tipo de *τάρπεζα* o *θόρνος*.

8.3.2. Por su parte Adrados³ critica también la validez de los casos de *correptio* para extraer conclusiones sobre el tratamiento de las sonantes, ya que existen otras fórmulas también en Homero en las que se requiere la vocalización de las sonantes. Además considera increíble

¹ A. Heubeck, art. cit.

² J. J. Moralejo Álvarez, art. cit. p. 422 y ss.

³ F. R. Adrados, «Micénico...».

una vocalización de las dos líquidas seguidas y más increíble aún que en Homero estuviese vocalizada la primera y no la segunda. A ello hay que unir el hecho de que la *d* epentética está ya documentada en micénico, por lo que la correptio en ἀνδροτήτα, etc. es una de tantas licencias de carácter métrico. De otro lado sigue a Moralejo para poner de manifiesto que junto a los casos con grafía *o* existen otros con grafía *a* y las coincidencias entre los resultados micénicos y los de los dialectos no pueden deberse al azar.

8.4. Además de los argumentos reseñados creo que existen otros de diferentes índoles que dificultan gravemente la aceptación de la hipótesis de Heubeck.

8.4.1. El primero se refiere a la imposibilidad de que se designe por dos nombres un mismo lugar, argumento fundamental de Heubeck ante la presencia de alternativas como *ma-lo-pu-ro/ma-to-ro-pu-ro*. No me parece imposible que sucediera en Pilo lo que sucede en otros lugares en los que aparecen designaciones vacilantes de un mismo lugar o de un epíteto divino; como en latín: en la *Sententia Minuciorum*¹ el mismo río se llama tres veces *Procobera* y tres *Porcobera*, una vacilación idéntica a la de *ματρο-/ματρο-* y desde luego no es pensable el mantenimiento de **r* en latín en el 117 a. C. para justificarla. En griego podemos reseñar las vacilaciones en epítetos divinos *Φροθαίαι/Φορθαία*² y *Κορθιάται/Κροθιάται*³.

8.4.2. Ya hemos visto como resultaba poco verosímil que las coincidencias en las grafías *a* y *o* entre el micénico y los dialectos del primer milenio se debieran al azar. La inverosimilitud se agrava si a estas coincidencias añadimos las que se producen en los casos de vocalización *u*. Además de los casos ya reseñados de la nasal como *ku-na-ja*, *o-nu-ke-ja*, podemos presentar para la líquida algunos ejemplos: *fo-pu-ro*₂ cf. πορφύρεος; *ku-re-we*, sea que se interprete como */skūlewes/* 'explotadores' o como */skūlewes/* 'vestidos de cuero', se presupone un σκύλλω; *ku-ro*₂

¹ CIL I¹ 199 = I² 584 = V 7749.

² E. Schwyzer, *Dialectorum Graecarum exempla epigraphica potiora*, Leipzig, 1923, números 5.1 y 5.2.

³ *Ibidem*, números 67.3 y 67.5. Los ejemplos, por supuesto, pueden ampliarse. Cf. la vacilación en el nombre de un mismo monte en el texto hitita de *Ihyanka*, *KBo III 7 II*: en línea 21 se denomina *Zaliyami* y en la 25, *Zalimu*, o las múltiples variaciones en los topónimos en español, como *Elsonza/Ilsonza/Eslonza/Elisonza/Elisontie/Alisonza*, cf. R. Menéndez Pidal, *Orígenes del Español*, Madrid, 1972 p. 311.

que Ruijgh¹ interpreta como *[Kulyos]* 'bebedor', como resultado del grado cero de la raíz **skel-*; *ku-sa-me-ni-jo* interpretado por Ruijgh² como *[Kursaménios]*, de **κῦριω*; *pu-ke* <-e>, que probablemente hay que interpretar como un caso de *πύργος*.

Estas coincidencias, además de resultar increíbles si no se piensa que las sonantes estaban ya tratadas en micénico, nos obligarían a aceptar para **r* cinco grafías: *Co* (*ma-lo-pu-ro*), *Co-ro* (*ma-lo-ro-pu-ro*), *Ca* (*ka-po*), *-ra-* (*e-ra-pe-me-na*) y *Cu* (*po-pu-ro₂*), lo que resulta aún más increíble.

8.4.3. Pero hay aún dos cuestiones de cronología relativa respecto al tratamiento de las sonantes que es preciso reseñar. La primera de ellas es que si, como señala Heubeck y resulta evidente, ya se había tratado la secuencia **rH₂* en *rā*, cabe preguntarse cuál es el mecanismo de ese tratamiento. La explicación más verosímil del mismo³ es que la *ā* procede de un alargamiento compensatorio a partir de una doble vocalización: **^or^oH* > *rā*, fenómeno que presenta paralelos en eslavo. Ello quiere decir que **r* recibió la vocal de apoyo antes de la caída de **H*. Si no, el tratamiento de **rH* no se distinguiría del de la sonante simple. Lo mismo hay que decir del tratamiento propuesto por Strunk al que ya hemos aludido y que ya es micénico, como se ve por *po-lo-ri-jo*, *po-lo-ri-ke-ta*, *po-ru-po-de*, *do-ri-ka-o*, etc.

8.4.4. La segunda cuestión de cronología relativa es que la **r* tuvo que vocalizar antes del tratamiento de **ri*, como lo evidencian dobles como *σφῦρα/σφαῖρα*, *σῦρω/σάῖρω*. Los resultados *ū/ai* sólo se explican a partir de dos vocalizaciones con breve, *u/a*, pasadas a *ū/ai* cuando se consuma el tratamiento del grupo *ri*. Si, como quiere Ruipérez⁴ tal tratamiento está ya consumado en micénico, la vocalización de **r* tiene forzosamente que ser anterior, esto es, premicénica. De haberse producido vocal de apoyo en el estadio en el que la sonante estaba palatalizada por la *i* (o en la hipótesis de Ruipérez, en el estadio palatal geminado), la vocal sería la *i*.

Así pues, tanto la pérdida de las laringales en las series **rH₂*, **H₁* como el tratamiento del grupo **ri* son posteriores a la vocalización de las sonantes en griego.

ALBERTO BERNABÉ PAJARES

¹ C. J. Ruijgh, *ob. cit.*, p. 175, n. 388.

² *Ibidem*, p. 143.

³ Cf. F. R. Adrados, *Estudios...*, p. 195 y ss.

⁴ M. S. Ruipérez, «Le dialecte mycénien», *Acta Mycenaea*, Salamanca, 1972 I, pp. 136-166.